



2.3987

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS
No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS
Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 19 DE ABRIL DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

Parece imposible lo desocupadas que suelen estar algunas personas. Yo, que no tengo tiempo siquiera para rascarme la cabeza, me asombro al ver que todos los días salen á hacer ejercicio los escuadrones de la Milicia nacional. ¡Bonito porvenir se nos presenta á los que somos de infantería y padecemos de los piés!

Hasta ahora, los infantes no nos reunimos más que por las noches, para elegir jefes; pero todo se andará con el tiempo, á menos de que empiece á cumplirse lo terminantemente dispuesto por la ley, en cuyo caso, ni los escuadrones harán ejercicio todos los días de trabajo, ni los infantes nos reuniremos por las noches, sino en domingo como manda la Ordenanza en su artículo 18.

Tan preocupado me tiene este asunto, que al preguntarme anoche el regente de la imprenta, con qué artículo se encabezaría *EL CASCABEL*, contesté sin saber lo que decía:

—Ponga V. el artículo diez y ocho.

De política sé muy poco esta semana. Los temporales han impedido que prosigan en el Norte las operaciones de guerra, y nos han tenido incomunicados con el resto de la península.

Hemos tenido un principio de crisis ministerial; pero la venida del ministro de Marina á Madrid ha sido bastante para conjurarla.

La crisis y la multa de 4.000 reales impuesta á *La Correspondencia*, han sido el objeto de todas las conversaciones durante la última semana; así como la paz ha sido el único deseo de la inmensa mayoría de los españoles. En cuanto á mí, cuyo pacífico carácter es proverbial, baste saber á Vds. que he estado á punto de enemistarme con mi amigo Guerrero sólo por su apellido. ¡Yo soy así!

Como supongo que no serán Vds. suscritores de *La Bandera Española*, debo recomendarles la novela que publica en su folletín, y cuyo título ignoro, así como el nombre del autor.

En uno de sus últimos números hablaba de una escena entre dos amantes, y me produjo tan placentera

impresión, que no quiero disfrutarla solo. Copiaré algunos párrafos, si Vds. lo tienen á bien:

«Más, os quiero más de lo que las apariencias permiten.....»

«Un murmullo de alegría brotó del fondo de mi pecho: caí á sus piés y besé sus rodillas á través de su peñador de muselina.»

Un hombre que demuestra su alegría con los murmullos del pecho y que besa las rodillas de su amada á través de su peñador de muselina, no es ningún fenómeno. Continuemos leyendo:

«Ella apoyó sus dos manos en mi cabeza.

«¿Por qué no he de tener el gusto de bendeciros? me dijo. Yo os bendigo en este mundo y en el otro»

Efectivamente, no creo que haya razón para que una señora deje de bendecir á su amante: en cuanto á que le bendiga en este mundo y en el otro, eso no parece ya tan claro. Y sigue diciendo el amante:

«Sus dos manos, al tocarme, hicieron estremecerme desde los piés á la cabeza»

Y dále con las dos manos. ¡Como si hubiera sido fácil que tuviera tres! En cuanto al estremecimiento, es de suponer que, tocando las manos á la cabeza, fuese desde la cabeza á los piés, porque no se comprenden ciertas sensaciones invertidas.

Y continúa el enamorado:

«Yo era impotente á contener por más tiempo mi emoción: ya no deseaba imprimir mis besos en sus rodillas, en sus manos, en su frente; lo que yo quería besar eran sus labios, donde hubiese aspirado una nueva existencia.» Esto se pone grave.

«Me levanté casi loco, con el rostro inflamado y los cabellos en desorden.

Quería cogerla en mis brazos y llevarla....»

No se alarme el pudor de nuestros lectores.

«A un desierto donde las leyes y los hombres no viniesen á despertarla.»

El novelista no habrá dicho que la heroína estuviera dormida.

«Yo permanecía de rodillas; cogí una de sus manos, la cubrí de besos y la inundé en lágrimas. Me encontraba en uno de esos instantes de exaltación en que las sensaciones quieren explayarse á lo exterior en lágrimas y gritos; á estar solo me hubiese revolcado ea la alfombra....»

Basta!

—Yo era alférez de su compañía y...

Sandoval calló, respetando el acerbo dolor que había evocado un sólo recuerdo en el tierno corazón de aquella madre sin consuelo.

Leonor después de dar curso á sus lágrimas, se serenó algún tanto, y dijo:

—Continúe V., caballero; yo tendré valor para evocar todos los sentimientos que despiertan en mi alma la grata memoria de un bien arrebatado por la muerte.

—Muy sensible me es, señora, ser mensajero de nuevas que no podrán menos de lacerar un corazón por tantas desgracias combatido.

—Hable V.

—Las vicisitudes de la guerra me han colocado hoy al frente de la compañía en que sirvió mi tierno amigo. Sandoval hizo aquí una breve pausa como embargado por la emoción más viva.

Leonor le animó con los ojos á que continuase.

—Me hallaba esta mañana en el cuartel, continuó Sandoval, cuando uno de los ordenanzas del cuerpo de guardia, vino á entregarme un objeto cerrado con un sobre que decía: para el capitán D. Alberto de Sandoval. ¿De quién es esto? pregunté al ordenanza. Lo ignoro, mi capitán; estaba yo á la puerta cuando se acercó á mí una mujer y me dijo lo pusiera en manos de V. Rompí la cubierta y hallé debajo otra que decía: esto pertenece y se restituye á la familia del teniente que fué de este regimiento D. Valentín Fajardo. Entonces yo, respeté como era natural el segundo sobre y me he creído en el deber de presentarlo, obteniendo al propio tiempo el honor de ponerme á los piés de la más distinguida y más desgraciada señora.

Al decir esto sacó Sandoval un paquetito cerrado con lacre y lo entregó á Leonor. Esta lo abrió apresuradamente, dió un agudo grito y se desmayó, dejando caer su hermosa cabeza sobre el respaldo del sillón en que estaba sentada.

Lo que apareció á los ojos de la desconsolada ma-

dre, fué el reloj y la cadena que llevaba su hijo el día que perdió la vida.

Pero Sandoval, que se había valido de aquel ardid para introducirse en la casa, ganar la confianza de la madre y aspirar el ambiente de la mujer amada, no contaba con que en aquel mismo instante se iba á hallar en su presencia y acaso en la de otros personajes que no eran de su agrado.

Al grito de Leonor se precipitó Consuelo en la sala. Cómo no recibían ni á las personas de más confianza, el traje que vestía era sencillo, sin dejar de ser elegante.

Sandoval para quien aquella beldad se había presentado siempre ataviada con todos los rigores de la moda y á larga distancia, casi llegó á desconocerla. Aquella belleza vista al natural, desde tan cerca, le deslumbró como una aparición sobrenatural y fantástica.

El había visto siempre aquel semblante sonrosado por la dulce satisfacción, por la dicha, por la felicidad que sonreía en torno suyo.

Le veía ahora pálido como la tímida azucena, y le hizo el mismo efecto que le hubiera hecho al que no habiendo visto jamás otro astro que el sol se hallase de repente delante de la luna.

Quedóse, pues, mudo, estático ante beldad tan peregrina.

Consuelo había recibido un terrible susto al oír el grito de su madre y la hallaba ahora desmayada ante un desconocido; ¿qué había pasado allí? ¿qué funesta misión, qué nueva desgracia venía á anunciarles aquel hombre?

—¡Madre mía! ¡madre mía! gritó cogiéndole ambas manos.

Pero en aquel instante el reloj y la cadena que habían quedado sobre el sofá, rodaron en la alfombra. Consuelo miró y lanzó otro grito al reconocer aquellas prendas de su hermano; pero cómo si le habían sido robadas volvían á su casa por conducto de una persona al parecer distinguida?

(Se continuará.)

12

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Simués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarría, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO SEXTO.

Por M. J. Diana.

SITUACION RESPECTIVA DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIA.—MENSAJE.—REVELACION.

—Beso á V. la mano, caballero, contestó Leonor favorablemente impresionada por la noble y simpática figura del joven; dignese V. tomar asiento, añadió, señalándole el sillón inmediato al en que ella se hallaba sentada.

—¡Oh! mil gracias, señora.

—Y en qué puedo servir á V., caballero?

—Supongo que tengo el honor de hablar con la señora de Fajardo.

—Servidora de V.

—Mil gracias, pues... mi nombre, señora, es bien oscuro para que sólo al pronunciarle de á conocer á la humilde persona que lo lleva; sin embargo, diré que me llamo Alberto de Sandoval.

—¡Ah! Alberto de Sandoval, exclamó Leonor dejando exhalar un hondo suspiro de su pecho. Sí, sí, á él le oí pronunciar ese nombre, añadió con los ojos arrasados en lágrimas.

DIRECTOR.—Fué un gran bien que no fuera á parar á otra parte.

COLABORADOR.—Ciertamente, si bien hay que reconocer que lo justo era que hubiese vuelto á Portugal.

DIRECTOR.—¿Y cómo no le reclamaron sus dueños cuando supieron que obraba en el archivo de la Academia?

COLABORADOR.—Porque eran lo suficiente ilustrados y pacíficos para no querellarse de un abuso de confianza en que no tenía parte alguna aquella benemérita corporación, que por otra parte es dignísimo depositario y conservador de escritos de tal índole.

DIRECTOR.—¿Somorrostro debe ser valle muy solariego?

COLABORADOR.—Sí, en él hay muchos solares ilustres de donde han salido muchos hombres que han honrado á la patria. Le enumeraré á V. algunos, ya que no puedo enumerárselos todos.

El solar más insigne del valle de Somorrostro es el de Salazar, situado en el concejo de Múzquiz, entre las Carreras y San Juan del astillero.

DIRECTOR.—En uno de los infinitos planos de Somorrostro que corren por ahí, he visto que se califica de palacio feudal al de los Salazares.

COLABORADOR.—Desatino como ese sólo puede ocurrir al que no tenga la menor idea de lo que era el feudalismo ni de lo que era la constitución social de Vizcaya. En Vizcaya nunca existió el feudalismo que aún en gran parte del resto de España, ó no existió ó tuvo escasa importancia. En el *Libro de las buenas andanzas e fortunas*, que es el reflejo ingenuo y fiel de las costumbres de la Edad Media en aquella parte de nuestra península, ni una sola vez se habla de vasallos sino cuando el autor se refiere á pueblos de las merindades de Castilla. Allí no los había, y si únicamente lo que siempre ha habido y hay y habrá en todas partes: ricos y pobres. El pobre, cuando no quería servir al rico, le dejaba, y el rico no tenía derecho alguno á disponer de su libertad. Los linajes principales reconocían su cabezalero ó mayor, que era el poseedor del solar primitivo, y se agrupaban á su alrededor; pero cuando no les convenía su jefatura, la renunciaban libremente. El palacio ó castillo de San Martín de Muñatones no era palacio ni castillo feudal, era sencillamente una casa solariega, cuyos señores no pasaban de ser unos *echeco-javnac*, es decir, señores de solar. Es ya bastante común en España la tontería de llamar feudal á todo castillo, torre ó palacio antiguo.

DIRECTOR.—¿De dónde procedían los Salazares?

COLABORADOR.—Del valle de su apellido en Navarra, aunque hasta el mismo Lope da en la manía de los genealogistas de buscar el origen de los linajes en ciertos caballeros godos que se supone desembarcaron en Santoña. De allí pasaron á las merindades de Castilla, y de las merindades bajaron á las Encartaciones de Vizcaya hácia el siglo xiii en que Juan Lopez de Salazar casó en San Cristóbal de Sopena, y no encontrándose bien allí, «ató, como dice Lope, manera de poblar en Somorrostro por consejo de su padre que le dijo se bajase á la mar cuanto pudiese ca en ella fallaría siempre condecho para matar la gana de comer, e fizo la casa e solar de San Martín» en una heredad que allí tenía su suegro Diego Perez de Muñatorres que tomaba apellido de ella. Su padre, que como el autor del *Libro de las buenas andanzas e fortunas*, se llamaba Lope Garcia, fué un personaje singular, pues murió á la edad de 130 años en la cerca de Algeciras sirviendo al Señor de Vizcaya D. Juan Nuñez de Lara, y tuvo 123 hijos casi todos «de ganancia», el primero, que fué Juan Lopez, á los quince años.

DIRECTOR.—¿Temprano empezó?

COLABORADOR.—Y concluyó tarde, pues se dice que el último le tuvo á los 110 años. Singularísimos fueron los Salazares que precedieron al cronista de San Martín, entre los cuales hubo otro que murió á los 120 años; pero el cronista no lo fué menos en muchos conceptos y así todos muy honrosos. Lope Garcia nació en 1399 y falleció hácia 1430. Fué uno de los españoles más importantes de su tiempo; acrecentó infinito en honra y riqueza su casa, y él fué quien reedificó la torre que aún subsiste e hizo el palacio contiguo, frontero á la iglesia de San Martín, donde están sus huesos y los de algunos de sus predecesores y sucesores. La torre tiene más de ochenta piés de elevación, y el espesor de su fábrica pasa de siete. Lope dice que hizo á su altura la puerta principal de la torre. Yo he medido la altura de la puerta movido por este curioso dato, y me he encontrado con que su altura es de más de siete piés, lo que prueba que el cronista si era gigante de alma, lo era también de cuerpo. La torre tenía foso y doble recinto de murallas. El buen caballero que la edificó reunió en ella una librería que tenía pocos ejemplos en España en aquellos tiempos; pero tanto la librería como la armería habían desaparecido por completo un siglo despues de su muerte.

DIRECTOR.—¿Quién posee en la actualidad aquel ilustre solar?

COLABORADOR.—El Sr. D. Mariano de Mazarredo.

DIRECTOR.—Y el del marqués de Villarias, ¿tiene importancia histórica?

COLABORADOR.—No deja de tenerla, si bien es relativamente moderna. La casa de Lacuadra, apellido que llevan los marqueses de Villarias unido hoy al de Ordoñez de Barráicua, era en la Edad Media un solar modesto y tan pacífico, que no figura en las guerras de bandera que tan minuciosamente describió Lope. A fines del siglo xv aparece por primera vez uno de sus hijos en la vida pública. En 1476 pasó el Rey D. Fernando á Vizcaya á jurar los fueros so el árbol de Guernica, en cumplimiento de lo pactado por los vizcaínos en Aranda de Duero con la princesa Doña Isabel, á quien fueron á ofrecer el señorío de que habían desposeído á D. Enrique IV por haber este monarca faltado al pacto foral. Con tal motivo, fué á Somorrostro para someter á la obediencia á Juan de Salazar, que se había encerrado en la torre de San Martín en sea de rebelión, y contra la voluntad de su venerable padre. Un caballero del solar de Lacuadra, cuyo nombre no recuerdo, contribuyó de tal modo á la sumisión pacífica de Juan, y se captó de tal modo el amor de D. Fernando, que éste le dió un honrosísimo puesto entre sus servidores. Cuando el Rey católico fué herido en Barcelona por un pobre loco, aquel caballero se hallaba al lado de D. Fernando, é interponiendo su brazo entre el Rey y el acero del regicida, salvó de la muerte á D. Fernando, pero recibiendo una herida tan grave que poco despues falleció de ella. El cadáver del leal caballero de Lacuadra fué llevado á enterrar á la iglesia de San Julian de Múzquiz, donde mientras vivieron los reyes Católicos se le hicieron de su orden solemnes exéquias todos los años en el aniversario de su muerte.

Otro caballero del mismo solar, el Sr. D. Sebastian de Lacuadra, fué á mediados del siglo xviii secretario del despacho universal y consejero de Estado, y el Rey D. Fernando VI recompensó sus servicios con el marquesado de Villarias. Este caballero, que yace en un suntuoso sepulcro en la iglesia de San Juan del Astillero, fundó á sus espensas aquel hermoso templo como filial de la matriz de San Julian de Múzquiz que existía ya desde tiempo inmemorial. También salió de la misma casa el Sr. D. Pedro Simon de Lacuadra, arzobispo de Burgos.

DIRECTOR.—¿Y qué sabe V. del pináculo de Montaña que tanta fama ha adquirido en estos últimos meses?

COLABORADOR.—Lo único que sé es, que ya en el siglo xiv llevaba aquel nombre. A su pié hay una humilde caserita que le lleva y fué solar muy honrado del que salieron hombres ilustres, entre ellos el licenciado Lope de Montaña de Salazar, fiscal del Santo Oficio en Cuenca y prior del mismo obispado, que falleció en 1579. Fundóle hácia mediados de dicho siglo con el nombre de la Peña del Montaña, un Lope de Salazar que casó con una hija de Juan Gutierrez de Escalante.

DIRECTOR.—Deseo que llegue V. á San Pedro y Santa Juliana de Abanto.

COLABORADOR.—Ya me tiene V. allí, pero es únicamente para decirle que aquellas dos iglesias que coronan dos colinas paralelas...

DIRECTOR.—Elevadísimas segun algunos de los planos que por ahí andan, tanto, que alguno le dá á la de San Pedro más de 1.600 piés de elevación.

COLABORADOR.—Esos planos están equivocadísimos. La colina de San Pedro, que es la más alta, no se eleva sobre su base arriba de 200 piés. Ambas iglesias fueron fundadas en el siglo xiii por D. Fernando de Abanto, nieto bastardo de los condes de Ayala, de quien dice Lope: «Llamaronle D. Fernando de Abanto, porque pobló allí, e fué hombre que valió mucho e fizo los monasterios de San Pedro e Santa Juliana de Abanto, e empeñó á San Pedro por 1.000 maravedis viejos al señor de Vizcaya por rebeldía de un su hijo bastardo que forzó una hija de un labrador de Aldoache e por esto le perdieron sus descendientes.»

De Sanfaentes (cuyo castellanizado nombre lleva en la radical la nota de atalaya ó guarda tan frecuente en aquella costa), así como de Noedal y otros lugares del valle, muchas curiosidades históricas sé, pero son pequeñeces en que ahora nos falta tiempo para entretenernos.

DIRECTOR.—Pues pasemos á la orilla del mar y la ría.

COLABORADOR.—Es decir, á Santurce, Portugalete y Sestao. Santurce, aunque era la mayor puebla del valle de Somorrostro hácia el siglo xii, no tenía aún monasterio, como se llamaba á las iglesias parroquiales. Entonces fundaron los señores de Vizcaya la de San Jorge quizá conjeturando erróneamente por el nombre de la localidad que allí había tenido templo antiguamente «el santo que mató la araña.»

DIRECTOR.—¿Segun eso aquellos señores no eran muy fuertes en el vascuence?

COLABORADOR.—Tengo un dato para creerlo así, aparte del que consiste en saber que siempre andaban por Castilla sirviendo con grandes honores é influencia á los monarcas castellanos: cuenta Iniguez de Iburguen que D. Diego Lopez de Haro preguntó qué era lo que cantaban en Vizcaya á los difuntos cuando los llevaban á enterrar, y como le contestasen que eran alabanzas, encargó que le llantasen al uso de aquella tierra, en cuya virtud se le cantaba cuando murió un cantar vascongado que venia á decir que el Señor D. Diego Lopez de Haro era en verdad insigne varon entre los mayores caballeros de España.

Los señores de Vizcaya no contentos con fundar la iglesia de San Jorge en Santurce, edificaron allí unos palacios donde pasaban largas temporadas por ser aquel sitio delicioso como dice, con razon, el cronista de San Martín.

DIRECTOR.—¿Es Portugalete villa muy antigua?

COLABORADOR.—No, es relativamente moderna como todas las de Vizcaya que se fundaron desde el siglo xii al xv. Fundóla la Señora Doña María la Buena en el xiv en territorio de Somorrostro y con la condición de que se había de erigir allí templo á la Madre de Dios. Este templo se reedificó suntuosamente á fines del siglo xv y principios del xvi, con cuyo motivo y para resolver cuestiones sobre enterramientos, estuvo allí el famoso obispo de Burgos, fray Pascual de Fuensanta ó Ampudia, á cuya diócesi pertenecía entonces aquella parte de Vizcaya.

Portugalete es patria de muchos varones ilustres, entre ellos Ortuño Jimenez de Portugalete, gran cosmógrafo, en virtud de cuyas noticias fué Sebastian Vizcaino en 1594 al descubrimiento de California; don Andrés de Coterillo, general de los naos de la China hácia 1670; el capitán Pucheta, esforzadísimo soldado; D. Martin de Vallecilla, almirante hácia 1631 en la Armada de Oquendo, y D. Martin de Coscojales, inquisidor y del consejo supremo de la Inquisición.

Entre las casas solariegas de Portugalete es muy ilustre la que fundó en el siglo xiv Lope de Salazar, nieto del de los 123 hijos y 130 años de edad, y hoy poseída y representada dignísimamente por el señor D. Benigno de Salazar que tiene todas las buenas cualidades de sus predecesores, sin participar de la soberbia, y el espíritu belicoso é inquieto de muchos de ellos. En esta casa se hospedó en 1483 Doña Isabel la Católica cuando fué á reiterar el juramento foral que ya había hecho su esposo, y asomándose á su corredor vestida de vizcaína, hizo al pueblo atronar aquellos amenos valles con sus aclamaciones á la gran reina de Castilla y gran señora de Vizcaya.

Ea, ya he satisfecho hasta donde he podido los deseos de V. ¿Le falta á V. decirme algo de Sestao?

COLABORADOR.—De Sestao habría mucho y muy curioso que decir; pero contétese V. con que le diga que la colina donde desde tiempo inmemorial se levanta la iglesia de Santa María de Sestao, está llena de romancescas tradiciones á las que quizás haya dado pávulo la frecuencia con que allí se descubren sepulcros antiquísimos.

DIRECTOR.—Al darle á V. las gracias por todo, tengo que pedirle una más: la de que me permita poner su nombre y apellido...

COLABORADOR.—Concedida.

(El Director, despues de convertir en cuartillas el precedente diálogo, vá y pone en la última cuartilla:)

ANTONIO DE TRUEBA.

ENTRE SÁBANAS.

TERCER SERMON.

PEREZ ESTABA CONTEMPLANDO CON DELICIA UNAS FOTOGRAFIAS POCO EDIFICANTES.

—Dime, Perez, ¿por dónde fuiste esta mañana á buscar á D. Rosendo, á llevarle el mes de la casa?... ¿Que por qué lo pregunto? Hombre, por algo será, me parece á mí que será por alguna razon, que yo no hablo nunca por hablar y cuando digo alguna cosa bien sé por qué la digo. ¿Fuiste por la calle del Gato por casualidad?... ¿Que sí?... Vamos, créi que íbas á decir que no. Y ¿dónde te detuviste?... ¿Que no te has detenido, dices? Hombre, pues á mí me parece que sí. En una tienda te detuviste... Mira, no lo niegues, porque lo sé, y quien me lo ha dicho te ha visto perfectamente, y por cierto que tuvo la calma de estar allí para ver cuánto tiempo estabas mirando aquellas indecencias. ¿Que no sabes lo que quiero decir? Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se está.

Pues sí señor, en la calle del Gato hay una tienda donde ponen estampas y fotografías de mujeres en cueros, ó poco menos, y allí se estuvo esta mañana más de un cuarto de hora el Sr. Perez, mirándolas con delicia; así me lo ha dicho el sugeto que te ha visto.

¿Qué dices?... ¿Que valiente chismoso será ese sugeto? Siempre será persona más decente y más formal que los que tú conoces, por ejemplo, el amigote que te sacó los veinte duros el otro día, así se le volviera cada duro un demonio que se lo llevara.

¿Te parece ni medio decente que un hombre casado se ponga así á mirar esas estampas de mujeres que están como su madre las parió?... Si yo te hubiera visto, me parece que no me hubiese podido contener y del empujon que te hubiera dado te habria hecho meter la cabeza en el escaparate. ¡Mire V. el mosquito muerta que parece que no se atreve á mirar á las mujeres! ¡No es poco tentado de la risa! Mira, Perez, no te rias, que eso es no tener vergüenza. Di, ¿qué te importan á tí esas estampas?... ¿Qué dices?... ¿que las miras porque te gustan las obras de arte?... Quitá de aquí, hipócrita, que no sé cómo te dirijo la palabra, y cómo no he puesto hoy otra cama para mí en el cuarto de las niñas.

A ver, á ver, dime qué figuras son las que has visto allí. ¿Y no has comprado ninguna?... No habrá sido por falta de ganas, sino porque yo no te la encuentre.

Perez, al fin conseguirás que nos separemos, porque me parece que una mujer decente como yo no debe tolerar á su marido ciertas cosas. Y eso de que mientras yo estoy aquí repasando la ropa, trabajando con los chicos como una negra, sin ver á nadie, sin ir á hacer una visita, sin ver la calle en semanas enteras, te vayas tú á ver las fotografías escandalosas que hay en Madrid, es ya demasiado. Sí, Perez, es demasiado, y no lo quiero sufrir, ¿entiendes?... Te has casado, y ya para tí se han acabado todas las mujeres hasta en pintura, porque para mí también se han acabado ya los hombres. De mí no tienes que decir ni tanto así. ¡Eh!... ¿que de tí tampoco?... De tí sí, y mucho, pero yo me paso de prudente. ¿Por qué despedí yo á la Andrea, aquella criada vizcaína que tuvimos?... Porque se te iban los ojos tras ella, y siempre estabas diciendo que tenia muy buen pelo. ¿Te parece que no advertí lo poco que te gustó que saliera de casa? ¿Porque era buena criada, dices?... ¡Cál porque te gustaba verla, y Dios sabe si yo no la hubiese despedido... Eso sí,

ella estaba muy contenta con el señor, y ya sé que dijo en la tienda que tú eras un infeliz y que á mí no se me podía aguantar... ¡Bribona! porque conoció que yo estaba siempre ojo alerta!... ¡La del buen pelo!... Y también le dirias á ella lo del buen pelo; por eso se estaba tres horas peinándose, y se hacia aquellas trencitas tan graciosas. ¡Jesús! con estos hombres tan hipócritas y taimados está vendida una mujer. Ya la habrás vuelto á ver... ¿Que no?... Tú no has de decir la verdad, y yo soy muy tonta preguntándote. Pues mira, ayer precisamente vinieron á tomar informes de ella, y los dí buenos. La señora que la iba á recibir también es casada, y le dije:—«Señora, V. recíbala, si quiere, pero, mire V. que yo la despedí porque le gustaba á mi marido.» Así, así se lo dije. ¿Que hice mal? ¿Y porqué? ¿Qué te pongo en ridiculo?... ¿Qué gracia, hombre! Más te pones tú tirando el dinero á la calle, que es lo mismo prestárselo á un sin vergüenza, y parándote en la calle, á mirar las estampas indecentes. Eso sí que es ponerse en ridiculo.

Pues, hijo, la señora que vino á tomar los informes se fué escandalizada, y me dijo que de ninguna manera recibiría á la del buen pelo, porque dá la casualidad de que su marido es así como tú, hipócriton y cazurro, pero que se emboba viendo una escoba con faldas. ¡Jesús! ¡lo que abundan los hombres sin pizca de aprension! ¡Poquito alarmada que se fué de aquí la mujer, que parece una buena señora, temiendo que ya estuviera en casa la criada, como que ya la tenia recibida. Quedó en venir por aquí á contarme lo que habia pasado, porque nos hicimos muy amigas, como que las dos nos quejamos del mismo mal; tú y el marido de esa señora os parecéis mucho, aunque el suyo

me parece que, á pesar de todo, no será tan inconsiderado como tú: él, por lo que me dijo la buena señora, es un pilla, pero la tiene muy mimada, y la lleva á paseo, y á los baños de Loeches en verano, y todos los domingos á la Zarzuela, á butaca.

Lo que es como yo vivo no vive ninguna otra mujer en el mundo. ¡Jesús! si levantára la cabeza mi padre y me viera... creo que haria un disparate contigo. ¿Qué dices?... ¿qué mi padre no se levantará?... ¿Vas ahora á reírte de un muerto, del padre de tu mujer?... ¿Qué no te rias, dices?... Pues no he visto cosa más parecida. No lo extraño, no, tú eres un hombre sin religion ni cosa ninguna. No me digas que no diga desatinos, Perez, porque me dá una ira oírte que, si me valiera, ahora mismo me levantaba, me vestía y me iba á casa de mi madre, que con ella comeria unas

EN LOS TOROS.



—Bien, Lagartijo, bien, te has lucido... Viva lo bueno.
—¡Ay! ¡ay! ay! me escamo.

(Del Mundo Comico.)

patatas con tranquilidad y con mucha honra, que en mi casa siempre ha habido mucha honra, ¿lo entiendes? y mi padre no se parecía á tí, ni nadie le conoció el menor deslíz, y antes se hubiera él sacado los ojos que ponerse á mirar en la calle las fotografías que tanto te gustan á tí. Si no se me olvidara eso... Parece que te estoy viendo delante del escaparate mirando esas figuras... ¡Qué asco! un hombre de más de 40 años, casado y con hijos, y encantado delante de un escaparate donde hay semejantes desvergüenzas. A la cárcel habia yo de llevar á todos los hombres casados que escandalizan de esa manera... ¡Jesús! ¡y hablan de la Inquisicion! Para los maridos como tú y otros la habian de poner, y hacer unos cuantos escarmientos. ¡Vaya unos maridos! ¡Vaya unos padres de familia! Así educan luego á los hijos, que el que sale bueno es por milagro de Dios.

Ahora me falta averiguar á dónde vas tú por las noches. ¿A la Tertulia radical, dices?... Puede que la tertulia no sea más que un pretexto para no estar en casa, y que sea á otra parte donde tú vas, porque el que se para á contemplar embobado las fotografías escandalosas ¿qué no será capaz de hacer?... Dios te libre de que yo lo sepa, Perez, porque tú no sabes aún quién soy yo, y si te has figurado que voy á dejar que pasen carros y carretas sobre mí te has equivocado, porque yo cejo á mis hijos y me voy á casa de mi madre, que es una casa, como digo, de mucha honra, y no habia de parar hasta verte en un presidio. ¿Qué te deje dormir?... Sí, te disgusta oír á tu mujer, á la madre de tus hijos, que te habla como es debido, y te dice las verdades. Si te hablára alguna criada sin vergüenza, como la del buen pelo, la oírías con mu-

cho gusto, pero tu mujer... ¿que te importa á tí tu mujer?... Puede que estés deseando que yo cierre el ojo para no tener quien te estorbe, y hacer la vida del libertino. ¡Pobres hijos míos! el día que yo les falte, bien desgraciados serán. Abandonados se verán de su padre, que puede que les dé por madastra á la del buen pelo ú otra por el estilo. ¡Hijos de mi vida! entonces conocerán lo que valia su madre. ¿Dices que no te ofenda?... Tú sí que me ofendes á mí haciendo lo que haces de algun tiempo á esta parte, Perez, tú sí que me estás quitando la vida. Pero, ¿qué ha de suceder?... Tienes muchos amigos, y esos te separan de tu casa, y te hacen perder el cariño y el respeto á tu mujer. El de los veinte duros será probablemente tu consejero, y no me podrá ver, porque demasiado habra conocido que no es santo de mi devocion. ¡Je-

sús! ¡y para esto se casa una; para que un marido le quite á una la vida. Yaves qué desmejorada me voy quedando; bien que tú no reparas en eso. A tí no te llaman la atención más que las mujeres de fuera de tu casa. ¡Ay Dios mio! Su Divina Magestad me dé paciencia, que bastante la necesito para sufrirte. Bien sabe Dios que todo lo hago por Dios y por mis hijos, por mis hijos de mi alma, que los pobrecitos no tienen más amparo que su madre... ¿Ya estás roncando?... Eso es, los ronquidos para tu mujer, y las palabritas dulces, y las miradas tiernas para los pendones que van por la calle.

G. FRONTAURA.

CARTA DE UN MARIDO

Sr. Director de El CASCABEL.

Muy señor mio: aseguro usted en el último número de su apreciable periódico que ha recibido muchas cartas de suscritores manifestándole el agrado con que han visto los sermones de doña Manuela la confitera. Permítame V. decirle que esas cartas de seguro son de suscritoras y no de suscritores, y si son en efecto de suscritores, será porque hay muchos maridos bragazos y mandrias que no tienen más voluntad que la de su mujer, y las habrán escrito porque sus mujeres les habrán obligado á escribirlas.

La presente tiene más valor que el que V. supondrá al ver que la firma sólo un sugeto, pues la escribí en nombre de los siete maridos que nos reunimos en la tertulia de señoras y caballeros que hay todas las noches en esta su casa.

Nosotros no damos á ningún amigazo los veinte duros que hacen falta en casa, ni nos metemos en política, ni somos de la Tertulia radical, ni nos entusiasamos con discursos de becerras ni novillos, pero eso no quita para que nuestras señoras mujeres nos tengan ya cargados con los sermones de la confitera, que trae El CASCABEL; pues lo mismo en casa que en la tertulia, no saben hablar más que de ellos, y aunque á ninguno de nosotros le pegue maldita la cosa lo que la confitera dice de su marido, el Sr. de Perez, no hay una que no se empeñe en que todo le está como pintado á su marido; y como las mujeres son monas de imitacion, como lo prueban los adafesjos de sortijillas y promontorios de pelo de muerta que se ponen todas en la frente y la cabeza en cuanto se los han visto á otras, ya han dado las siete en la gracia de imitar á la confitera, echándonos cada una á cada uno el correspondiente sermón en cuanto nos pillan en la cama.

Anoche, sin ir más lejos, necesitamos los siete la paciencia de Job para aguantarlas en la tertulia con motivo de haber llegado El CASCABEL y haberles faltado tiempo para buscar el sermón de doña Manuela, y leerle una de ellas en voz alta y con mucho retintin, y comentarle las demás con continuas interrupciones y aplicaciones que nos frieron la sangre.

—¡Jesús (dijo mi mujer, y poco más ó menos dijeron todas), si no mirara una que luego diria la gente que si fué, que si vino, lo que es yo, mañana mismo

